

muerte; porque entonces la miraremos sin temor, la besaremos con ternura y la abrazaremos con trasporte; y con ese precioso trofeo en nuestras manos, y entonando el himno de la esperanza, entraremos en posesión de la bienaventuranza eterna. Así sea (1).

(1) Los que asistieron á los últimos momentos del Rdo. P. Ventura no olvidarán jamás con qué tierna piedad cubría de besos y tenía constantemente en sus manos el Crucifijo. Después de su último suspiro, siempre en la misma actitud, parecía murmurar todavía: *Per quem salcati et liberati sumus.*

SERMÓN

SOBRE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Dilexit nos et tradidit semetipsum pro nos.
(Galat., II, 20.)

Nos ha amado y se ha entregado Él mismo por nosotros.

Toda la vida del Hijo de Dios sobre la tierra, no fué, según testimonio del Espíritu Santo, más que un acto no interrumpido de amor á los hijos de los hombres: *Charitate perpetua dilexit te.* (*Jeremías, xxxi, 3.*) Pero, semejante á una antorcha próxima á extinguirse, que esparce una claridad más viva, el amor de Jesucristo á todos sus verdaderos discípulos jamás se manifestó de una manera tan palpable como al aproximarse su muerte (1).

En efecto, las siete palabras que pronunció en la Cruz antes de exhalar el último suspiro, fueron otros tantos destellos luminosos, por los cuales el más tierno y amoroso de los padres nos descubrió el exceso de su infinita caridad para con todos sus hijos.

Es demasiado cierto, como lo atestigua el Evangelio, que el Redentor fué entregado á la muerte por la perfidia de Judas, por la impiedad de Caifás, por el odio del pue-

(1) *Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.* (*San Juan, XIII, 1.*)

blo, por el desprecio de Herodes y por la cobardía de Pilatos: pero las palabras de mi texto, y las siete que Jesús pronunció en la Cruz, haciéndonos penetrar en el santuario de su corazón, nos enseñan cuál fué la verdadera causa de su pasión y de su muerte. Sí, las causas visibles y exteriores de la muerte del Salvador no fueron más que las causas subalternas de ella, y sólo pudieron servir á la causa verdadera y superior, es decir, el amor de Jesús á los hombres. Sí, ese amor sólo fué el verdadero ministro ó agente que clavó á la augusta víctima en el altar de la Cruz, la verdadera cuchilla que la inmoló, el verdadero fuego que la consumió, el verdadero Pontífice que la ofreció. *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.*

Quiero, pues, hoy conduciros de seguida sobre el Calvario, haceros oír y explicaros las últimas palabras del Salvador, que tan bien nos revelan los más íntimos, los más importantes secretos de su amor. Ellas penetrarán y abrasarán vuestros corazones, y correspondiendo entonces á la abnegación del amor, con el amor arrepen- tido, con el amor reconocido, tomaréis la santa resolución de abandonaros sin dilación y para siempre á ese amable Jesús, que con su amor os ha libertado tan generosamente. *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.*

¡Oh Cruz divina, en otro tiempo símbolo de ignominia, de debilidad, de dolor y de muerte!... Vos á quien el Hijo de Dios ha transformado con su sangre en trono de gloria, en manantial de júbilo, de resurrección y de vida inmortal, hoy venimos con todos los verdaderos cristianos, en la unidad de la misma fe y del mismo amor, á prosternarnos á vuestros piés; y os saludamos con trasporte como el tesoro sagrado de todos nuestros consuelos, de todas nuestras esperanzas. *O Cruz, avec spes unica.* Os rogamos además en este día, que nos recuerda la inmensa caridad del Salvador muriendo en vuestros brazos, que nos apliquéis el fruto de la sangre divina con que fuisteis rega-

da, para que esa sangre adorable borre los crímenes de los pecadores y aumente los méritos y las virtudes de los justos. *Piis adauge gratiam reisque dele crimina.*

PRIMERA PARTE.

El más grande criminal, en el momento que padece su suplicio, aun según las antiguas leyes romanas, debe ser considerado como un objeto sagrado: *res sacra reus.* Tiene derecho hasta á la compasión de los jueces que le han condenado, y hasta á la de los verdugos que le ejecutan, y no es permitido á nadie el gozarse en sus tormentos ni insultar á sus dolores.

Mas ¡ay! todos esos miramientos que la naturaleza recomienda y que la ley exige aun para con los más malvados, se olvidaron cuando se trató del Justo por excelencia, de Aquél á cuya presencia se humillan los cielos.

Apenas fuéalzada la Cruz y el Crucificado enseñado al pueblo, cuando una especie de furor satánico se apoderó de los espectadores. La vista de aquel condenado inofensivo, de aquel cuerpo delicado cubierto de llagas ensangrentadas y suspendido por cuatro clavos, no les enterneció. Todo sentimiento de piedad parecía extinguido en los corazones de aquella multitud feroz. Hebreos y romanos, príncipes y pueblo, magistrados y verdugos, y hasta los pasajeros, todos de concierto, vomitaban ultrajes, maldiciones y blasfemias: como si no fuese bastante, dice San León, con los clavos que agujereaban su carne, querían con los dardos de su lengua atravesarle el corazón (1).

Más hé ahí que los cielos se oscurecen, tiembla la tierra, y á sus sacudimientos se abre bajo sus piés. La na-

(1) Fixuris clavorum addiderunt tela linguarum. (San León.)

turalidad no puede sufrir tantas indignidades contra su Autor. Todas las criaturas gimen y parecen pedir que el Altísimo venga á su Hijo. Y ese mismo Hijo, elevando sus ojos al cielo, ¿no dice á su Padre sus ignominias y sus dolores? ¡Tiembra, generación ingrata; tiembra pueblo impío...! Has cesado de existir. ¡Hé ahí el rayo de la cólera eterna que estalla sobre ti!

¿Qué digo? ¿Qué hablo de venganza y de castigo? No, no; de la boca del Dios que muere, no pueden salir más que palabras de misericordia y de amor. El Divino Redentor no habla para acelerar la venganza, sino para detenerla. «¡Padre mío! exclamó antes de morir: tengo que pedir una gracia, y es que perdonéis todo lo que contra mí han hecho hoy los judíos y los gentiles, los acusadores y los jueces, el pueblo y los sacerdotes. Perdonad también á los que me han clavado en esta Cruz y los que me insultan en este suplicio. ¡Padre mío...! son dignos de excusa; más ciegos que culpables, no han sabido lo que han hecho (1).

¡Oh amadísimo Jesús...! ¡Oh mi amable y misericordioso Jesús...! ¡Cuán tiernas son esas palabras...! ¡Cuán suaves...! el pueblo le ultraja, y Él le tiene compasión...! ¡El pueblo le acusa, y Él toma la defensa de sus acusadores...! ¡El pueblo le blasfema y le maldice, y Él llama sobre ese pueblo el perdón, la bendición y la vida...! El pueblo no pone límites á su furor brutal; Jesús tampoco los pone á su caridad divina. El Cordero divino no interrumpe su silencio de víctima resignada más que para pedir gracia en favor de los mismos que le inmolan. Quiere que los primeros que saquen provecho de su muerte sean los mismos que se la dan. ¡Padre mío...! perdonadles; no saben lo que hacen...

Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.

(1) Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. (*San Luc.*, xxiii, 34.)

Tierna y misericordiosa, esa palabra no es menos sublime. Es completamente digna de un Hombre que tiene á Dios por Padre, y que Él mismo es Dios. Los judíos le habían dirigido el insolente desafío de que probase su divinidad descendiendo de la Cruz. Si sois el Hijo de Dios, bajad, bajad de esa Cruz (1). ¡Insensatos...! no comprendían cuánto poder y fortaleza había en Él para no ceder á los insultos de sus cobardes enemigos. No comprendían que aquel nuevo Isaac no podía descender del altar adonde había subido Él mismo, ni suspender el sacrificio que Él había comenzado con tanto amor. ¡No le pedían nada menos que anular un testamento que no podía tener fuerza sino por la muerte del testador...! ¡Querían que renunciase á su dignidad de Redentor y de Salvador del mundo...! ¿Qué hará, pues, el Hijo de Dios? ¡Al milagro que reclaman la malicia y la insolencia, opondrá otro todavía más grande, el de su caridad...! En vez de probar su divinidad descendiendo de la Cruz, la probará de una manera mucho más brillante y más digna de Dios: la probará permaneciendo sobre la Cruz, y haciendo de esa Cruz el altar desde donde se elevará la plegaria que desarma la justicia. Tales son los prodigios que sabe hacer la Bondad infinita: tales los medios que sabe adoptar un Dios para triunfar de una malicia sin límites.

Mas ¿por qué el Divino Redentor no hizo esa súplica en voz baja y en el secreto de su corazón? Por qué quiso darla esa publicidad y hacerla oír de todos á larga distancia de su Cruz? Sin duda alguna, responde San Agustín, no hubiera perdido nada de su eficacia haciéndola en secreto; pero en ese caso, habríamos quedado privados de tan grande ejemplo. Jesucristo era á un tiempo mismo nuestro maestro y nuestro modelo: como nuestro

(1) Si Filius Dei est, descende de cruce. (*San Mateo*, xxvii, 40.)

maestro, nos había dado la lección y el precepto del perdón de las injurias; como nuestro modelo, hé ahí que añade el ejemplo al precepto. Acaba de pronunciar esa sublime palabra, la más capaz de extinguir en los corazones todo sentimiento de odio y de venganza. Por ella, nos dice San Pablo, nos invita á ser buenos é indulgentes los unos para con los otros, á perdonarnos recíprocamente nuestros agravios, como el Hijo de Dios nos ha perdonado las más graves ofensas (1).

Así, según San Pablo, no fué sólo para los judíos para quienes Jesucristo solicitó el perdón: le pidió para todos los que directa ó indirectamente habían contribuido á su muerte: en una palabra, para todos los pecadores de todos los tiempos y lugares. En efecto; Jesucristo no debía morir sino porque había sido encargado por el Padre Eterno de satisfacer por los pecados de todos, que habían sido como colocados sobre su cabeza sagrada (2). Así, su muerte, á la par que era el efecto de la más irritante injusticia por parte de los judíos, fué una satisfacción exigida por la Justicia divina por los pecados de todos. El perdón fué, pues, solicitado por el pecado original y por todos los pecados actuales, por los pecados pasados y los pecados futuros, por los vuestros y por los suyos.

Hé ahí, dice San Pablo, en Jesucristo que hace esa súplica, el gran sacerdote de la nueva ley, único Pontífice digno de tal sacrificio; hé ahí á ese Gran Sacerdote que no tiene necesidad de pedir gracia ni perdón para sí mismo antes de rogar por los otros; hé ahí con los ojos vueltos hacia el cielo, las manos levantadas á lo alto, ofreciendo á Dios el sacrificio de su cuerpo desgarrado á golpes, de su alma despedazada por los dolores, de su gloria terrestre profundamente humillada y anonadada,

(1) Estote benigni, donantes invicem sicut Deus donavit vobis. (*Coloss.*, III.)

(2) Posuit in eo iniquitates omnium nostrum. (*Is.*, LIII, 6.)

pidiendo con su oración y sus súplicas el perdón del mundo entero. Sí, por el grito poderoso con que acompaña su ruego, por las lágrimas ensangrentadas que derraman sus ojos, por el perfume de su infinita caridad, que se eleva con sus suspiros y por la humildad profunda que expresa en presencia de su Padre, como por el respeto infinito de que es digno Él mismo, merecerá ser atendido de Aquél á quien nadie puede ablandar, de Aquél cuya infinita majestad requería el homenaje de lo infinito (1). ¿Qué hará, pues, el Dios Padre? Dios, de lo alto del cielo, añade San Pablo, bajando sus miradas hacia ese sacrificio, escuchando ese ruego de un Hijo amado, depone su justa cólera, deja caer de su mano el rayo apagado, desarma su brazo pronto á herir, comienza á mirar con compasión al mundo, objeto de su indignación, y le devuelve su amor. Dios se abatió así en el Cristo para reconciliar al mundo con el cielo y no imputar ya á los culpables sus trasgresiones (2). Hé ahí por qué, añade San Pablo, el Dios Padre, con una pluma mojada en la sangre de su amadísimo Hijo, borró el decreto funesto que condenaba á todos los pecadores á perecer, y borrado de ese modo, le colgó en la Cruz del Salvador (3), como un acreedor satisfecho de su crédito entrega el recibo al deudor que le ha pagado: *Non reputans illis delicta ipsorum*. Quedó, pues, establecido desde aquel instante que nuestros pecados nos serán siempre perdonados, y que no nos serán ya imputados, como si nunca hubiesen sido cometidos; con sólo la condición de que las lágrimas de nuestra penitencia habían de correr con la sangre de Jesucristo, y que nuestros ruegos se

(1) Qui in diebus carnis suæ preces supplicationesque... cum clamore valido et lacrymis offerens, exauditus est pro sua reverentia. (*Hebr.*, v, 7.)

(2) Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi, non reputans illis delicta ipsorum. (*II. Corinth.*, v, 18.)

(3) Delens quod adversus nos erat chirographum decreti, quod erat contrarium nobis, et ipsum tulit de medio affigens illud cruci. (*Coloss.*, II, 14.)

confundan con su fervorosa súplica: *Non reputans illis delicta ipsorum*. Así, pues, arrepentidos de nuestros pecados y perdonando á nuestros hermanos, como Jesucristo nos lo ha mandado con su palabra y con su ejemplo, podemos, sin temor de ser rechazados, decirle con seguridad: «Perdonadnos, como perdonamos á los que nos han ofendido.» Nuestra confianza se apoya en esa fervorosa súplica pronunciada por Jesucristo sobre la Cruz, y que con la voz de su sangre subió hasta los cielos. Así reconciliados, podemos acercarnos á Dios, del cual estábamos tan separados, y nos es permitido pedirle el entrar á formar parte de su sociedad, de su amistad y de todo su amor: *Vos qui eratis longè, facti estis propè in sanguine Christi*. (*Efesios*, II, 13.) La Justicia infinita queda para en adelante en paz con el hombre, la tierra se reconcilia con el cielo, y Dios con el hombre. Jesucristo, por su sangre, ha llegado á ser el mediador y el garante de esa paz tan largo tiempo deseada: *Pacificans per sanguinem crucis ejus, sive quæ interris, sive in cælis sunt*. (*Coloss.*, I, 20.) ¡Dichoso y bienaventurado el buen ladrón, que supo aprovechar á tiempo ese medio de salvación! Sea que alguna gota de la sangre de Jesucristo fuese á fijarse en sus miembros ó que la Santísima Virgen, que se encontraba de pié entre la cruz de su Hijo y la del buen ladrón, intercediese por él, de repente, iluminado por la gracia aquel hombre hasta entonces incrédulo, reconoció á su Salvador. Ya no pudo oír sin indignación al mal ladrón que continuaba blasfemando contra el Hijo de Dios, y desde lo alto de la cruz, en medio de los suplicios llegó á ser el primer Apóstol, el primer Evangelista, el primer confesor, el primer mártir de Jesucristo. Proclamó en voz alta y predicó á todo el pueblo la santidad y la divinidad de Jesucristo. No dependía de él que su infortunado compañero, confundido por sus reconvenciones, no rinda también homenaje á la verdad. «No tienes

ningún temor á Dios, cuando ese Dios por amor á nosotros ha querido sufrir la misma condenación que nosotros, con la diferencia de que nosotros sufrimos el justo castigo de nuestros crímenes, mientras que Él no ha hecho ningún mal (1). En seguida, volviéndose hacia el Salvador, la frente humillada, la voz suplicante y el corazón penetrado de arrepentimiento y de confianza, le dijo y le repitió muchas veces: «Dios y Señor mío, dignaos acordaros de mí cuando hayáis vuelto á entrar en vuestro reino (2).»

¡Cuán tierno é interesante es ese pasaje del Evangelio...! ¡Cuán hermoso es el ver á ese malhechor convertido, que no se escandaliza de las humillaciones y de los oprobios de Jesucristo; que le ve clavado en la Cruz y le ruega como si le viese sentado sobre su trono en el cielo; que le ve condenado al mismo suplicio que él y le reconoce Árbitro soberano del universo y Juez Supremo de vivos y muertos; que le ve morir como un hombre, y le invoca y le adora como un Dios...! ¡Todo el mundo mira á Jesús como culpable, y sólo él le declara inocente; todo el mundo le insulta como un despreciable esclavo, y él sólo le venera como á su dueño y Señor; todo el mundo le acusa, y él sólo le defiende; todo el mundo le blasfema, y él sólo le bendice y adora!

¡Admirable prodigio del poder del Salvador...! exclama aquí San León. ¡Oh fuerza admirable de la gracia...! ¡Luz preciosa de la fe...! Hé ahí un hombre obstinado en el crimen hasta el momento de su suplicio. Convertido en un instante, se hace superior á todo temor, á todo respeto humano, y desde lo alto de la cruz proclama, á

(1) Nonne et tu Deum times, quod in eadem damnatione es? Et nos quidem justè: nam digna factis recipimus. Hic verò, nihil mali gessit. (*San Lucas*, XXIII, 40, 41.)

(2) Et dicebat ad Jesum: Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum. (*San Lucas*, XXIII, 42.)

presencia de la multitud, la inocencia, la santidad, el poder del que parece sucumbir bajo el poder de sus enemigos (1).

¡Qué espectáculo tan edificante para nuestra fe...! Si, el escándalo de la Cruz queda borrado (2), pues que vemos al amable Salvador, entre los ultrajes y padecimientos que no alcanzan más que al hombre, desplegar y ejercer el poder sobrenatural de Dios. Le vemos por su gracia penetrar el espíritu é iluminarle; tocar el corazón y mudarle, mandar á las voluntades más rebeldes y domarlas. ¿Qué otra fuerza que la voz interior de la gracia podría hablar victoriosamente á las almas endurecidas en el vicio y hacerlas verdaderos hijos del Padre de los creyentes? ¿Por qué otro poder que un poder divino hubiera conseguido un hombre de en medio de los suplicios hacerse adorar como un Dios?

Reconozcamos del mismo modo su divinidad en la plácida misericordia y en la calma de la respuesta dada por el Salvador al buen ladrón. Es la respuesta de Dios que, según el profeta, no rechaza jamás el corazón quebrantado y humillado: *Cor contritum et humiliatum*. Vedle que vuelve hacia el ladrón penitente la apacible majestad de su divino rostro: «No temáis,» le dice ya su piadosa mirada; y añadió con la más indecible bondad: «En verdad, en verdad os prometo que hoy seréis conmigo en el Paraíso (3).»

¡Oh palabra, oh respuesta digna del inmortal Salvador...! ¡Cuán dispuesta se halla la misericordia divina á salir al encuentro del pecador penitente...! Aquí el pecador no ha estado tan pronto en rogar como el Salvador en escucharle y colmar sus votos. Pero observad la dul-

(1) Usque ad crucem reus, factus est repente confessor. (*San León.*)

(2) Evacuatum est scandalum crucis. (*Gal.*, v, 11.)

(3) Amen amen dico tibi: Hodie mecum eris in paradiso. (*San Lucas*, xxiii, 43.)

zura y la bondad de estas palabras: «Seréis conmigo:» ¡Jesucristo no desdeña, pues, el estar en su reino en compañía de un ladrón, en el punto en que se ha convertido y hecho un Santo!... No se ruborizará de presentarle á los ángeles como el primer trofeo de su gracia, como el primer fruto de la Redención. ¡Y tú, dichoso penitente, le dice graciosamente San Juan Crisóstomo, cuán hábil has sido!... ¡Hasta en la cruz no has olvidado tu oficio de ladrón!... ¡Porque en un instante te has asegurado la posesión del eterno reino!... (1) En efecto, Jesucristo nos había dicho que el reino de los cielos es la conquista de los fuertes, y que no es posible apoderarse de él sino por medio de la violencia. Y hé ahí que el ladrón penitente acaba de enseñarnos que la fe, la humildad, el arrepentimiento, el celo y la caridad, son los actos de violencia de que es necesario hacer uso para esa rapiña y esa conquista.

Pero observad bien, dice San León, que esa grande promesa del Salvador: «Hoy seréis conmigo en el Paraíso,» es una palabra muy superior al lenguaje humano. El que habla y promete de ese modo, no es solamente un hombre. No, no es de la cruz de un condenado, sino del trono mismo de la Divinidad, de donde desciende esa promesa, tranquila, majestuosa, como toda palabra de Dios (2).

Si comprendemos bien la fuerza y la extensión de esa palabra, veremos que no fué dirigida á un solo hombre. Esa palabra es una promesa hecha, un misterio revelado al mundo entero. Aprendemos, en efecto, por esa palabra que, gracias á la Cruz de Jesucristo, se ha restablecido, en fin, el puente de misericordia entre la tierra y el cie-

(1) Vel in cruce pristinae artis haud oblitus praedatus est regnum. (*San Juan Crisóstomo.*)

(2) Excedit humanam conditionem ista promissio: nec de ligno crucis, sed de throno editur potestatis. (*San León.*)

lo, que las puertas de la mansión eterna, cerradas por el pecado, se abrieron en ese momento por la sangre de Jesucristo; que el camino ha quedado expedito para todos los hombres y que, como dice San Pablo, ya no hay sentencia de condenación para los que están en Jesucristo (1); es decir, para los que se unen á Jesucristo por la fe en sus misterios, por la práctica de sus leyes, por la correspondencia á su amor; sí, á esos nada puede contenerlos, nada puede impedirlos entrar en el cielo en compañía de Jesucristo. Cualesquiera que hayan podido ser en otro tiempo, identificados ahora con Jesucristo, son los hijos de Dios, el cielo les pertenece por título hereditario: *Si filii et hæredes*. En una palabra: desde que el cielo fué abierto al ladrón, no puede ser cerrado á los más grandes pecadores si están arrepentidos.

Mas ¡ay!... mientras que el arrepentimiento abre el Paraíso al ladrón tocado de la gracia, hé ahí que la ceguedad voluntaria, la obstinación, el endurecimiento, el orgullo, abre al mal ladrón las puertas del infierno. ¡Gran Dios, cuán terribles son vuestros juicios!... Dos hombres son crucificados en compañía de Jesucristo, y ambos criminales convictos; ambos testigos de la paciencia y de la divina mansedumbre del Salvador; ambos, por una elección providencial, asociados á su sacrificio, comprendidos en sus súplicas, rociados con su sangre, y, sin embargo, el uno se convirtió y se salvó, y el otro se endureció y pereció aún junto á la cruz del Salvador, y aun al lado del árbol de vida encontró la muerte eterna. ¡Oh cuán grave crimen debe ser el orgullo con todos sus desórdenes!... Hace inútiles las gracias más poderosas, los medios más seguros de salvación y de santificación. Temamos el orgullo, y la vana confianza de nuestras supuestas luces. Si el ejemplo del buen ladrón se nos pre-

(1) Nihil nunc damnationis est iis qui sunt in Christo Jesu. (*Rom.*, VIII, 1.)

presenta para que ninguno desespere, el ejemplo del mal ladrón nos ha sido ofrecido para que nadie tenga presunción.

Así, dice San Agustín, la cruz de Jesucristo,alzada entre las de los dos ladrones, no es el cadalso de un culpable, sino el tribunal de un Juez soberano que juzga á los hombres en el momento mismo en que muere por ellos (1). ¡Oh estupidez! ¡Oh ceguedad del rencor de los judíos! Quisieron colocar la cruz de Jesucristo entre las de los dos ladrones (2), para aumentar el ultraje y hacerle pasar por el más malvado de los tres. Pero Dios se burló de su malicia, é hizo servir su designio impío para la glorificación de su Hijo, y supo justificar de ese modo la verdad de aquellas palabras de Jesucristo: «Dios ha dado á su Hijo todo poder de juzgar (3).» El mismo brazo que impulsó la débil mano de Pilatos y le hizo proclamar irrevocablemente la dignidad real de Jesús en el título ó rótulo de la cruz, el mismo brazo dirigió el rencor insultante de los judíos cuando colocaron á Jesucristo entre dos ladrones. Ellos no pensaron más que en cometer una maldad más, y poniendo sus propias manos al servicio del Redentor, no hicieron más que asegurarle una nueva gloria (4).

¡Cuán bello es, en efecto, dice San León, el ver á Jesucristo sobre la cruz, mostrarse el dispensador de la misericordia y de la justicia, el árbitro de la bienaventurada y de la desgraciada eternidad! Ya preludia el juicio supremo que tendrá lugar en el último día del mundo, cuando todos los hombres estarán colocados unos á la derecha y otros á la izquierda. La distinción que hizo entre los dos ajusticiados fué como la profecía de la que

(1) Crux Christi in medio non fuit supplicium, sed tribunal. (*San Agustín.*)

(2) Unus à dextris, et unus à sinistris. (*San Mateo*, XXVII, 38.)

(3) Omne iudicium dedit Filio. (*San Juan*, V, 22.)

(4) Dum incumbunt sceleri, famulatae sunt Redemptori. (*San León.*)